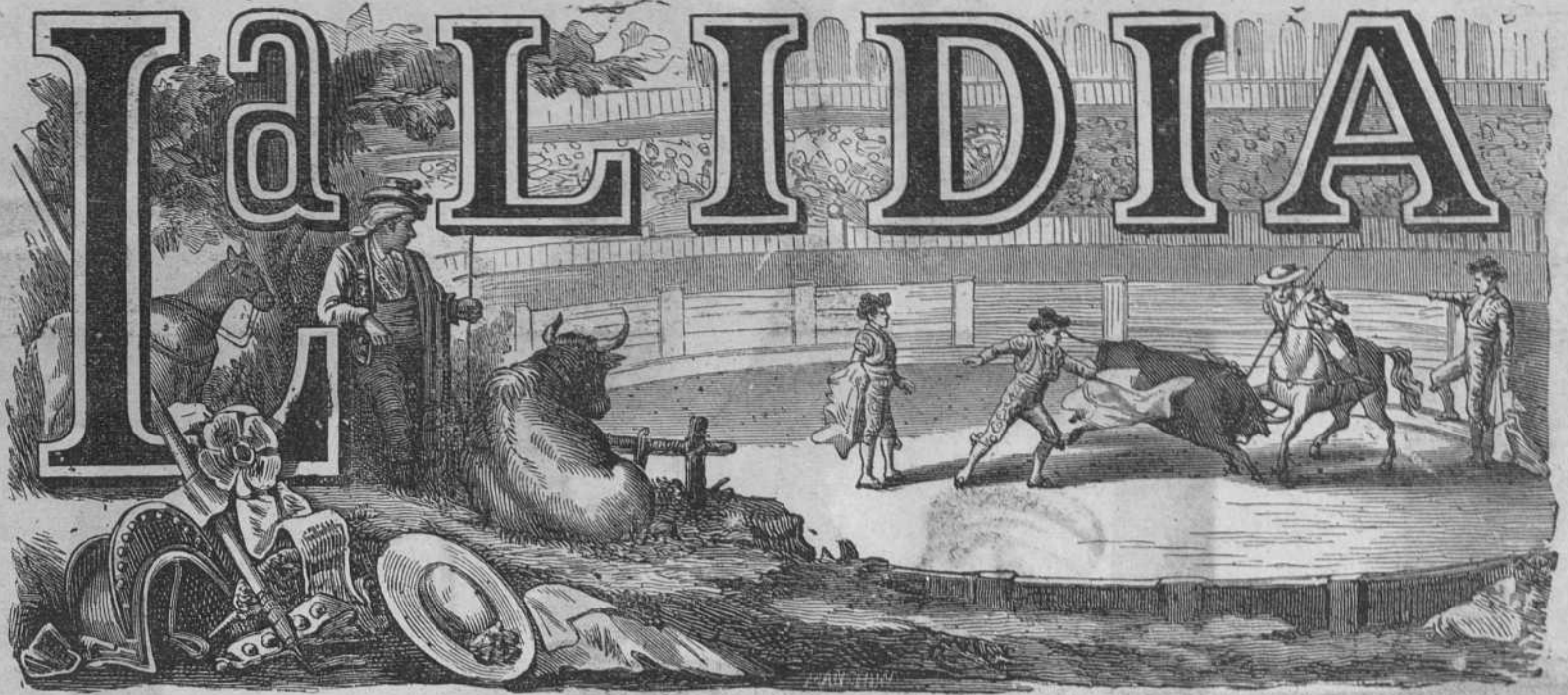


NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.

## PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. . . . . Pesetas 2,50  
 Provincias: trimestre. . . . . 3

## REVISTA TAURINA.

## PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. . . . . Ptas. 2,50  
 25 id. extraordinarios. . . . . 5

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

## FRASCUELO.

## La cogida.

El mérito indisputable del insigne torero que yace en el lecho del dolor por consecuencia de la terrible cogida que sufrió en la Plaza de Madrid el día 13 del actual, obliga á cuantos se precian de ser amantes del arte que cultivó Francisco Montes, á ocuparse detenidamente de un suceso, que si bien sensible desde el punto de vista humanitario, es, sin embargo, de aquellos que cimentan la fama y la extienden y pregonan, como aconteció al soldado con las heridas que recibe defendiendo noble causa en el campo de batalla.

Azares son de la guerra, los balazos, y de las lidias de toros, las cornadas, sin que sirvan para evitar aquéllos ni éstas, la pericia de los combatientes, su atrevido valor, ó su excesiva prudencia. Cuando Dios quiere, á todos aires llueve. Digo esto porque hay personas que atribuyen á irreflexión ó temeridad la culpa de la cogida; y yo me propongo demostrar palpablemente, que nunca ha estado diestro alguno más fiel observador de las reglas del difícil arte de torear, como lo estuvo Frascuelo hasta el momento de ser enganchado por la fiera. Entendiéndome con los que presenciaron la función, tal vez consiga convencerlos, por muy partidarios que de otros toreros sean; pero con los que no asistieron, que son los que más puntos ponen sobre las íes, con esos... no puedo entenderme, porque no puede existir mútua inteligencia entre el que ve y el que no ve, es decir, entre el que vió la cogida, y entre el que no pisó los umbrales de la plaza.

Salvador pasó de muleta al toro admirablemente, y en esto se hallan conformes todos los que de toros escriben y los que no también. Pausado, erguido como él es, toreando de brazos y no á favor de piernas, castigó y quebrantó al noble animal, hasta conseguir *cuadrarle*. No hubo pues temeridad ni audacia, sino el valor indispensable para poder cumplir, como cumplió estrictamente con las reglas del arte. Una vez cuadrado el animal, quedó Frascuelo frente á la cuna, á la *conveniente distancia* que señalan Pepe Ilo, Montes y cuantos del arte taurino escribieron preceptos; y cuando se disponía á liar y prepararse á herir, el toro humilló hasta el suelo. Entonces el matador hizo lo que han hecho, hacen y harán, cuantos matadores hemos conocido, *sin excepción*, que fué levantar la mule-

ta despacio á la altura del hombro derecho, único procedimiento que hay para conseguir aquel fin, y entonces, en aquel instante, el toro arrancó y alcanzó al diestro, sin que éste humanamente pudiera evitarlo. Al llegar aquí, es cuando debo hacerme cargo de las principales censuras que se le dirigen.

Dicen unos, que debió quedarse á más distancia de la cabeza del toro, al concluir de trastearle, y que entonces hubiérale sido posible bajar rápidamente la muleta y librar el hachazo. Verdad es, que no niego, pero en ese caso tampoco podrá negarse que habiendo quedado lejos—y suponiendo que el toro no hubiese humillado, porque esto era bueno para sabido, para ir á matar ó para esperar—habría tenido que cuartear ó enmendar la suerte por pies, con lo cual el lucidísimo trabajo antes practicado, habría concluido desairado y fuera de las reglas del arte, á las que no quiso faltar, é hizo bien.

Dicen otros, que aun concediendo que la distancia al concluir de pasar de muleta fuese la que debía ser, según el arte, el espada, al ver humillar al toro, debió dar un paso atrás, para levantar desde más lejos la muleta con menos exposición. Y ¿quién responde de que el toro, al ver moverse al diestro, no hubiera acometido instantáneamente, como lo hizo al ver mover la muleta? ¿Qué recurso quedaba entonces para no ser cogido? ¿Huir?... Frascuelo, como el gran Pedro Romero, tiene por máxima la de que «La honra del matador está en no huir ni correr nunca delante del toro, teniendo muleta y espada en las manos.»

Observó, pues, en todo, el diestro Salvador, los preceptos del arte. Si á pesar de ello sufrió cogida, harto hizo, para evitar mayor desastre, con ejecutar más brevemente que lo que tarda en concebirse, un rápido esguince á favor del cual la cornada no fué mortal. Sucedió el percance, no por falta de arte, vuelvo á decir, no por falta de habilidad, ni de inteligencia, ni por arrojo temerario, ni por impremeditación, sino por accidente fortuito, como acontece á la persona herida por un rayo, ó por piedra arrojada á la ventura. En el primer sitio de Bilbao, alcanzó una bala al general Zumalacárregui y le causó la muerte, á pesar de ser general peritísimo y de madura reflexión.

La increíble hazaña, el espantoso atrevimiento de Frascuelo, al arrojar á matar después de herido, no merece más que censuras y muy fuertes. Si la falta de respiración que ya sentía le dura diez minutos mas, ó al herir pin-

cha en hueso, ¿no hubiera quedado á merced del toro? Esa imprudencia, ese valor temerario, de que no hay ejemplo en los fastos taurómacos, no puede aplaudirse nunca, por más que cause la admiración del mundo.

Cuentan que el Cid ganó batallas después de muerto. La historia dirá que, Salvador Sánchez, Frascuelo, destrozado por terrible cornada, rotos los huesos del pecho cercanos al corazón y sintiéndose desfallecer, mató á ley, frente á frente, en toda regla, un toro pujante y bravo con una sola estocada, alta, sobrada y.... acostándose en la cunall

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

## Opinión de Frascuelo.

Después de encabezar nuestro número con las magistrales líneas de Neira, añadiremos tan sólo las palabras que oímos de labios de Salvador, momentos antes de curarle en su casa los señores Pérez Obón y Alcaide.

Decía Frascuelo:

—No me ha tocado en toda la temporada toro más noble y más bravo que el que me ha cogido hace poco. Lo toreé como quien lava, y cuando le ví cuadrado, quise meterle el pie á favor de obra, porque yo daba la espalda á los chiqueros. Entonces se me tapó, quise levantarle la cabeza, y como se conoce que hoy había en Madrid una teja que se le había de caer á alguno en la cabeza, me cayó á mí. No ha pasado más.

## Responsabilidades.

La corrida organizada por el *Gran Pensamiento*, no debió celebrarse después de la suspensión que sufrió el día 6.

La suspensión tuvo su fundamento en que no se recaudó lo suficiente para pagar los gastos de la corrida; esto se dijo en público y nadie dudó de ello.

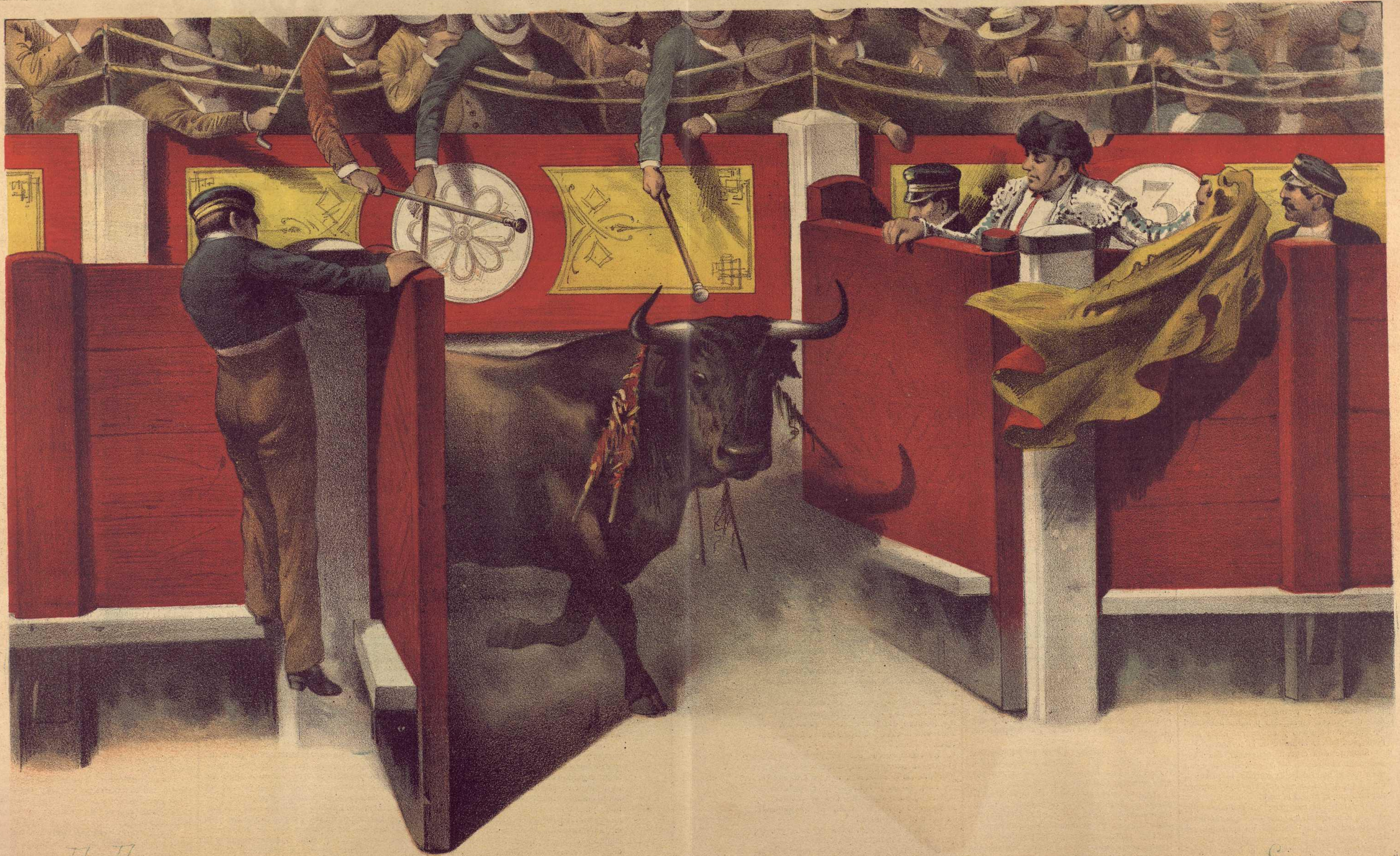
Por qué, entonces, el señor Gobernador se mostró tan acomodaticio con los deseos del *Gran Pensamiento*, y acordó que se suspendiera la corrida, con el fútil pretexto de haberse lastimado una res?

Si el *Gran Pensamiento* hacía un mal negocio ¿tenía acaso el público la culpa? No lo hizo bueno el año pasado? Es decir, que si la sociedad hubiera tenido buena entrada para la fiesta, ésta se hubiera llevado á cabo seguramente; lo cual indica que sólo la circunstancia de haberse retraído la afición fué causa de que la corrida se suspendiera.

Suspendida la corrida, reuniéronse los acor-



# LA LIDIA



*El Forca*

*Giménez*

Lit. de J. Palacios.

Arenal, 27, Madrid.

SALIENDO DEL CALLEJÓN.

dores del *Gran Pensamiento* y acordaron llevarla á cabo por su cuenta, con el objeto, no de ganar dinero, sino de perder lo menos posible, para lo cual acudieron á los diestros y les propusieron trabajar, ateniéndose á los resultados que diera la corrida.

Pero Mazzantini se había marchado á Méjico y no podía figurar en el cartel, por lo cual, se acordó que el Bebe matara los dos últimos toros.

Ahora bien; ¿tenían, sí ó no, derecho los aficionados que habían comprado sus billetes para ver torear á Mazzantini, á que les devolvieran su dinero, puesto que dicho espada había sido sustituido por otro de inferior categoría, por otro que ni siquiera es matador de toros en la actualidad?

Sí; los aficionados tenían estricto derecho á recoger el dinero que habían entregado en el despacho de billetes. Pero el señor Gobernador civil de la provincia no lo entendió así, y echando sobre los acreedores del *Gran Pensamiento* el manto de su poderosa protección, como antes lo había echado sobre la Sociedad, consintió, no sólo que la corrida se anunciase, sino que volvió á autorizar que se negase la devolución de billetes, en caso de nueva suspensión.

El público hará los comentarios que guste sobre la conducta que el Duque de Frías, tan severo y meticoloso en otras ocasiones y con otras empresas, ha observado tratándose de la Sociedad *El Gran Pensamiento* y sus acreedores.

Salvador no quería torear en esa corrida. Había terminado la temporada taurina de la manera brillante que todos saben, toreando *setenta y seis* corridas en siete meses, y ganando dinero y palmas en todas partes.

Según costumbre del diestro, había levantado la casa que habita en Madrid, y se había trasladado á Moralarzal, donde reside durante el invierno con toda su familia.

Cuando le propusieron tomar parte en la fiesta, se negó á ello.

—He terminado mis trabajos perfectamente, gracias á Dios, y quiero descansar.

Esto dijo, pero no le valió el dicho. Una comisión del *Gran Pensamiento* fué á verle á Moralarzal, habló al corazón del diestro, y tocó la cuerda sensible.

Frascuero accedió á los ruegos de la Comisión; dirigió pocos días antes la tienda de los becerros de D. Vicente Martínez, y llegó á Madrid con la familia la víspera de la corrida, con intención de salir el lunes para los baños de Fitero.

#### La cura.

Cuando se reunieron los doctores Alcaide de la Peña y Pérez Obón, para examinar las heridas, y proceder á la primera cura, nosotros estábamos presentes y presenciábamos la operación.

El agujero de la cornada, tenía una circunferencia algo mayor que la de un duro, y no dejaba ver ni una gota de sangre.

El doctor Alcaide introdujo el dedo índice por la abertura, y examinó su extensión. El dedo desapareció en seguida y hubo necesidad de levantar el agujero y empujarlo hácia adelante para buscar el límite de la cornada.

Durante esta cruenta operación, Salvador no exhaló ni una sola queja, contentándose con decir que el dedo del Sr. Alcaide le producía más dolor que el cuerno de *Pelquero*, nombre del toro que le infirió la herida.

—La cornada me tiene sin cuidado—dijo cuando le acabaron de curar;—lo que me mata es este dolor de las costillas. Yo creo que las tengo rotas todas. Cuando me enganchó el toro, sentí que el cuerno me llegaba hasta la garganta.

Después resultó que no eran una, sino tres, las costillas rotas.

La gravedad de la herida residía, pues, desde luego en aquella triple fractura, y en el traumatismo que interiormente podían haber producido.

Razón tenía Frascuelo en no preocuparse de la cornada. Ha recibido varias, las conoce de cerca, y conoce al mismo tiempo su portentosa encarnadura.

Baste saber que veinticuatro horas después de hecha la cura, aquel agujero espantoso por donde el dedo del doctor Alcaide penetraba con tanta agilidad, se había convertido en una pequeña cisura.

La herida se había cerrado herméticamente y no quedaba de ella más señal que una incisión que parecía hecha con un cortaplumas!

La gravedad del enfermo se contrajo, como era natural, á las complicaciones que pudiera traer la fractura de las costillas, y á prevenir las se dirigieron los esfuerzos de los señores Alcaide de la Peña y Pérez Obón.

#### Alternativas.

En los primeros momentos, Salvador tuvo alternativas que llenaron de angustia á todos; los dolores intensísimos que sufría cuando le aquejaba la tos, adquirieron á ratos proporciones tales, que hubo que apelar á las inyecciones hipodérmicas de morfina para calmar la desesperación del enfermo.

Un golpe de sanguijuelas que al día siguiente del de la cogida le aplicaron en las costillas fracturadas, le proporcionó considerable alivio y uno de los peores ratos de la dolencia.

Ese hombre que goza en los peligros de la lidia, y está ante los toros con el valor que todos le reconocen, tiembla como un niño á la vista de una sanguijuela.

Cuando le dijeron que había que aplicarle veinticuatro, le faltó poco para sollozar.

—Por Dios! Abranme Vds. el cuerpo de arriba abajo con un bisturí; métanme Vds. el cuchillo por donde les de la gana, pero que no me pongan sanguijuelas!

Las sanguijuelas y el agua de brea, han constituido para Salvador la parte realmente dolorosa de su cura.

Pero fuera de los momentos en que la fiebre y los dolores le mantenían en un estado penosísimo, su entereza no ha decaído ni un solo instante, manifestándose de un modo tan exento de ficción, que cualquiera que le haya visto en el trascurso de la enfermedad, habrá podido adquirir el convencimiento de que Frascuelo está construido por la naturaleza, con materiales que no emplea ésta en la construcción del común de los mortales.

Esa maravillosa naturaleza es la que facilita la curación de las heridas del diestro, con rapidez increíble, ayudando á los solícitos cuidados de la asistencia facultativa.

#### El médico.

Por este último concepto, el doctor Alcaide de la Peña, ha sido una vez más médico de cuerpo y de almas, realizando la doble misión del facultativo y del sacerdote.

Conoce á Frascuelo física y moralmente como se conoce así propio; la familia del herido tiene en el Sr. Alcaide limitada confianza porque le ha visto ocupar la cabecera del enfermo en circunstancias difícilísimas y ha podido apreciar la ciencia del doctor y el exquisito tacto del hombre.

El Sr. Alcaide sabe que es en aquella casa dueño absoluto de la situación y obra con la libertad absoluta de quien no ha de encontrar jamás el menor obstáculo á sus órdenes.

De este modo ataca sin contemplaciones las dolencias de Frascuelo y tiene sobre la familia el dominio que prestan el cariño y la gratitud alcanzadas á costa de numerosas curaciones.

Una vez más Salvador ha triunfado de la tremenda cornada, y de las graves lesiones sufridas en la corrida del 13.

Hoy puede ya asegurarse de un modo definitivo, que la curación del arrojado diestro será pronta y radical y que el año que viene volverá á afrontar con su serenidad y maestría habituales, los riesgos de su peligrosa profesión.

#### El Bebe.

Decir que la cuadrilla de Frascuelo no se ha separado un instante de la casa del matador, sería decir lo que todos saben.

Allí han estado, en efecto, Ostión, Pulguita, Remigio Frutos y el Jaro, el Chuchi, Cirilo y Matacán, relevándose constantemente y descansando lo indispensable para volver al lado del herido.

Pero la conducta observada por el Bebe ha puesto en evidencia el cariño y el agradecimiento del que siendo el más joven y el más moderno de la cuadrilla, se conceptúa por todos como niño mimado de Salvador.

El bárbaro varetazo y las contusiones que al Bebe produjo el cuarto toro de la última corrida, requerían desde luego un reposo absoluto, pero los consejos facultativos no hicieron mella alguna en la enérgica voluntad del muchacho, que pasó la primera noche entera en la habitación de Frascuelo, y ha vuelto á pasar varias, despreciando los dolores que sentía en todo el cuerpo.

Cuanto á los proyectos que Salvador abriga con respecto á la carrera del Bebe, el matador los manifestó claramente, hace pocos días, diciendo á un amigo:

—Han venido á pedirme permiso para que el Bebe toree este invierno en algunas novilladas, y lo he negado en redondo. El Bebe no mata toros mientras no esté yo á su lado en la Plaza. No quiero que se vicia y pueda adquirir resabios. Lo que yo pienso es torear el año que viene por última vez, y quitarme de los toros, dando la alternativa al Bebe en mi corrida de despedida.

Estas palabras demuestran elocuentemente que si el Bebe profesa á su maestro un cariño filial y una admiración sin límites, Frascuelo, por su parte, aprecia al muchacho en lo que vale, y mira por su porvenir con un celo paternal.

#### Las listas.

Las pruebas de cariño y admiración que Frascuelo ha recibido y sigue recibiendo, son numerosísimas.

La familia Real mandó un recado para enterarse fielmente del estado del herido, á cuya casa han acudido, ó en cuyas listas se han inscrito los duques de Veragua y de Castillejos, los marqueses de Alcañices, Santa Marta, Claramente, Folleville, Santa Genoveva, Regalía, Villafuerte, Salas y Bedmar; los condes de las Almenas, Ibarra, Patilla, Saint Génois, Heredia Spínola, Villar, Estrada, Peña Ramiro, Haro, Fabraquer y de la Vega; los barones de Meer y de Molinet; los generales Cassola, Pavia y López Domínguez, y personas tan conocidas como los Sres. Rojo Arias, Caltañazor, Cavia, Julio Ruiz, Mesejo, Liern, Rodríguez Chaves, Ducazcal, Loitia, Berges, Mencheta, Comba, Oliver, Baldelli, Estrañi, Alfredo Perea, Reguera (D. Eusebio), Vallés, el Chiquito de Eibar, Brau menor, y muchos más que harían interminable la lista.

Empresarios, ganaderos, sociedades taurinas, revisteros y directores de periódicos de toros, lo mismo de Madrid que de provincias, han acudido á la casa ó telegrafado con gran interés.

Los compañeros del diestro residentes en Madrid, se han apresurado á ofrecer sus servicios y muchos de los ausentes, han pedido noticias por telégrafo, siendo Lagartijo el primero en manifestar su sentimiento por la desgracia, y su deseo de que se le tuviera al corriente del curso de la enfermedad.

En las listas se leen frases de todo género, que rebosan admiración y afecto.

Un hombre de corazón, ha escrito lo siguiente:

—Ole por los toreros valientes!—*Un lagartijista.*

Palabra de honor que lo hemos leído!

D. JERÓNIM D.